

EXPEDICIONES NÁUTICAS DE EUROPEOS Y AMERICANOS A LA COSTA N.O. DE AMÉRICA EN EL SIGLO XVIII

Aurora PÉREZ MIGUEL

Llegada de los europeos.

La llegada de los europeos a las lejanas costas del Noroeste supuso para los habitantes de estas latitudes una serie de conmociones en cadena que pasaron sin duda las fases de sorpresa, curiosidad, colaboración, recelo ante las crecientes exigencias de los europeos, temor ante las frecuentes agresiones a un modo de vida, protesta ante la paulatina devastación ecológica del entorno, oposición ante las imposiciones de nuevas culturas, confrontación, y, finalmente, sometimiento y adaptación forzada ante lo inminente.

Sin embargo, *los europeos* no eran un solo pueblo, con idénticas leyes y actitudes, sino que eran varias naciones que, aunque compartían la misma filosofía occidental de la vida, tenían sus peculiaridades y sus propias leyes y modos de vida diferentes (e incluso enfrentados) entre sí.

Atrás quedaban los siglos XVI y XVII con su componente de aventura y conquista. El siglo XVIII era el siglo de las luces. Las naciones europeas competían en el plano político, y en los avances científicos y tecnológicos. Esa competición de la vieja Europa la trasladaban allende los mares confrontando poderío y afán de conocimientos.

Hacía ya varios años que los rusos comerciaban con los nativos, habiendo establecido sus factorías a lo largo de las costas septentrionales. Los españoles, ahítos de la aventura americana, extienden su fiebre exploradora hacia el norte, tanto por tierra como por mar. Los ingleses y franceses no quieren perder terreno en un área que se perfila de gran riqueza, y Norteamérica, recién estrenada su independencia, no puede faltar a la cita de los *grandes* en un territorio que considera más *suyo* que de las otras potencias. Comienza así la gran función en la que serán actores principales los europeos de una manera volitiva y consciente, y los indios habitantes de estas tierras de manera involuntaria e inconsciente.

Llegada de los españoles.

En España reinaba Su Majestad Carlos III, el rey sabio y culto, el impulsor del siglo de las ciencias, heredero de un trono donde, merced a sus posesiones de ultramar, jamás se ponía el sol.

Atrás dejaba el rey Carlos las anteriores etapas de conquista a sangre y fuego. Se imponían ahora tiempos de conversaciones y tanteos diplomáticos. Los Estados Unidos de América habían alcanzado su independencia y, libres de la confrontación bélica que les había mantenido ocupados, extendían sus expediciones por todo el territorio. El enemigo de España, como el de Francia, continuaba siendo Inglaterra, quien peligrosamente extendía sus dominios pasando del litoral atlántico al pacífico. Los Borbones españoles se alían con los franceses propiciando los tres Pactos de Familia en una maniobra tendente a controlar estas desaforadas ansias de expansión de los ingleses, teniendo en cuenta que a España por sí misma cada vez le es más difícil controlar su inmenso imperio dadas las enormes distancias entre la metrópoli y los virreinos, aun cuando hubiera en los puestos clave hombres de la talla del Virrey de Nueva España, Bucarelli, que, junto con el ministro español en la Corte de San Petersburgo, el Conde Lacy, informa constantemente a la Corte de la enorme importancia política y estratégica de las costas N. O. y del interés creciente que despiertan en las otras potencias europeas.

Todas estas inquietudes eran perfectamente asimiladas en la metrópoli por el Gobierno español, a cuyo mando estaba el Marqués de Grimaldi.

El 23 de abril de 1773 el Conde Lacy escribe urgentemente a Grimaldi desde San Petersburgo comunicándole la posibilidad de una alianza entre rusos e ingleses para administrarse posesiones en América del Norte, alianza que en nada beneficiaría a los intereses españoles. De la metrópoli llegan instrucciones concretas al Virrey Bucarelli para que se preparasen expediciones exploratorias a las costas americanas del Pacífico. Así comenzó una serie de expediciones de enorme interés no sólo en el aspecto militar o diplomático, sino, sobre todo, de carácter científico, naturalista, cartográfico, y de estudio de la fauna y flora que, si bien entonces no cobró la importancia debida, con el tiempo se ha visto el enorme interés desde el punto de vista del medio ambiente.

El punto de partida de estas expediciones que, desde 1774 hasta 1793, recorrieron las costas N. O. desde California hasta Alaska era San Blas (Méjico). La tripulación estaba compuesta por avezados hombres de mar al mando de prestigiosos marinos formados en la Escuela de Guardias Marinas de Cádiz y de San Telmo. Su misión principal era de reconocimiento y observación, principalmente sobre las actividades de los rusos e ingleses, establecimientos, mercaderías, contactos con los indígenas, etc., así como procurar frenar el avance expansionista de estas potencias. Además de estas misiones, que al principio eran las de mayor importancia, fueron cobrando mayor interés el reconocimiento geográfico y cartográfico, la búsqueda del paso del N. O., recogida de muestras de flora y mineralogía, y otros descubrimientos científicos.

Las expediciones, que cubrieron un par de décadas, se pueden dividir en tres etapas:

- La primera, de 1774 a 1779 (Juan Pérez, Heceta y Bodega, Arteaga y Bodega).



Vista interior de la cala de los Amigos en la entrada de Nutka. Grabado; el dibujo que se utilizó para realizar la plancha lo realizó José Cardero. (Museo Naval de Madrid.)

Estas expediciones comenzaron cumpliendo escrupulosamente el mandato del Virrey Bucarelli, ejecutando misiones de exploración y observación.

- La segunda, de 1788 a 1790 (López de Haro, Martínez, Eliza, Fidalgo y Quimper).

Estas expediciones, además de cumplir los mandatos encomendados, se adentraron en contactos con los establecimientos rusos y erigieron también algunos establecimientos.

- La tercera, de 1791 a 1793 (Malaspina y Bustamante, Bodega, Mociño y Maldonado, Caamaño y Quimper, Galiano y Valdés, Seijas y Matute).

Estas expediciones añadieron al carácter exploratorio un ingrediente de tipo político y científico, principalmente naturalista y de estudio de las riquezas animales y vegetales.

No podemos dejar de mencionar, aunque sea someramente, estas expediciones, sobre todo porque, siendo los españoles y los rusos los europeos que más importancia tuvieron en esta área, hay una diferencia fundamental entre ambos: el primer objetivo de los españoles era de tipo científico. Desde el punto de vista científico e incluso ecológico, las expediciones de los españoles fueron enormemente positivas. Es cierto que cazaron y que utilizaron la madera de los inmensos bosques, pero todo ello supuso una incidencia ínfima

en la vida de la fauna y la flora y en las de los indios costeros, a los que no modificaron su forma de vida. En sus viajes los españoles contaban con los mejores instrumentos geodésicos y de navegación de la época, y también contaban con magníficos científicos e investigadores que, ávidos de saber, completarán estudios geográficos botánicos, mineralógicos y antropológicos.

En la variedad de estudios que se han hecho sobre los viajes de los europeos a las costas N. O. es de rigor destacar el poco daño ecológico que hicieron los españoles, en contraposición con los rusos que, como veremos, por razones de vecindad y por tener entre sus prioridades el negocio peletero, devastaron amplias zonas de las islas y costas del N. O.

Juan Pérez (1774-1775) zarpó de San Blas en el navío *Santiago* el 24 de enero de 1794, llevando como segundo de a bordo a Esteban Martínez.

El diario de a bordo es extremadamente preciso, detallando todos los avatares del viaje. En julio, sobre los 53° 43' llegan a la isla de la Reina Carlota y a Vancouver. En su diario de a bordo se consigna que en ambos lugares hubo un encuentro con los indígenas de la zona, describiéndose detalladamente sus costumbres.

A Juan Pérez corresponde el honor de ser el primer explorador del litoral de Columbia Británica, Washington y Oregón, y de haber levantado un plano de estas costas, aunque a su regreso a San Blas se disculpó ante el Virrey por no haber desembarcado (Fernández Shaw, 1987: 585).

Bruno de Heceta y Bodega y Cuadra (1775) llegaron a las costas del actual estado de Washington. Como consecuencia de una tormenta los dos navíos (*Santiago* y *Sonora*) se separaron. Bodega llegó hasta los 58°, haciendo una minuciosa descripción geográfica de la zona. Heceta remontó hasta el estuario de Nutka y a su regreso ancló en la bahía en la que desemboca el río Columbia (del que efectuó una magnífica descripción), bautizándole con el nombre de San Roque. El viaje de ambos constituyó un éxito total, contribuyendo al conocimiento científico (islas Marías) y de especies de aves propias de la zona (rabihorcados, rabijuntos y bobos).

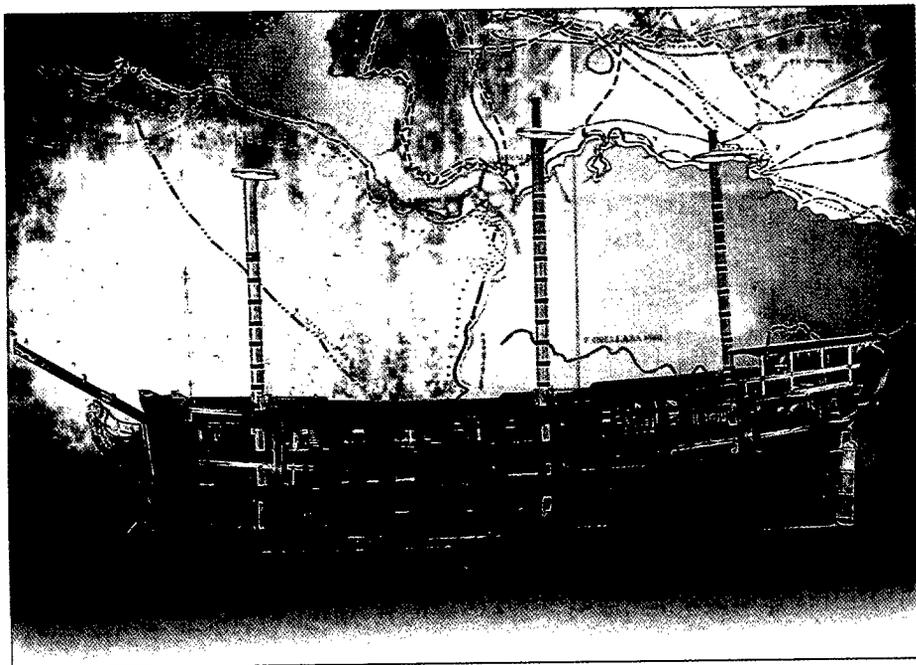
Arteaga y Bodega (1779) hicieron otra expedición, años más tarde, en la que alcanzaron los 61° de latitud. Convivieron con los indios e hicieron una descripción muy precisa de sus costumbres. Asimismo trasladaron a su regreso la certeza del avance de los establecimientos rusos en aquellas latitudes, que posiblemente influyeran ya en el modo de vida de los indígenas de la zona, ya que, según la opinión de estos navegantes, el uso del hierro era indicativo del paso de culturas europeas. Entre la fauna y flora que hallaron son de destacar algunas especies conocidas: manzanilla, ortiga, apio silvestre, anís, llantén, sauco, ajeno y acedera. Entre las aves observaron: patos, gaviotas, zaramaguilles (o somormujos), cuervos, milanos, ansares, grullas, jilgueros y otros pájaros que no pudieron identificar.

En 1778 zarpa una nueva expedición española al mando de *José Martínez y López de Haro*, quienes al mando respectivamente de la fragata *Princesa* y de paquebote *San Carlos* alcanzan en mayo la altura de Príncipe Guillermo. Convivieron con indios y recabaron una preciosa información de los rusos,

quienes les recibieron con un trato muy cordial. La expedición cumplió el objetivo principal de encontrar establecimientos rusos y de explorar las costas.

De 1789 a 1790 parte de San Blas una expedición al mando de los tenientes de navío Francisco Eliza, Salvador Fidalgo, y del alférez Manuel Quimper, quienes llevaban órdenes de llegar hasta Nutka y regresar a San Blas habiendo captado la amistad de los nativos y habiendo procurado establecer contactos diplomáticos con otras potencias europeas (rusos e ingleses).

En 1791 se produce la expedición de *Malaspina* y *Bustamante*, aunque había arrancado de Cádiz en el año 1789. Las corbetas *Descubierta* y *Atrévada* salieron de Acapulco el 1 de mayo de 1791. Su objetivo principal era realizar una expedición científica de enormes proporciones. Llegaron hasta Alaska y navegaron por los archipiélagos de Príncipe Guillermo y Reina Carlota, permaneciendo algún tiempo en el puerto de Nutka (Vancouver) desde donde regresaron a Acapulco. En su larga navegación llevaron todo tipo de instrumental técnico de estudio, así como expertos en astronomía y cartografía (Palau, 1987: 46); cartógrafos (Gutiérrez de la Concha, Felipe Bauzá), astrónomos (Alcalá Galiano, Cayetano Valdés, Espinosa y Tello, Ciriaco Ceballos, y el mismo Malaspina), naturalistas y botánicos (Antonio Pineda, Tadeo Haenke, Luis Néé), cirujanos (Pedro M.^a González y Francisco Flores), pintores y dibujantes (José del Pozo, José Guio, José Cardero, Tomás de Suria y Juan Ravenet). Malaspina continuó su viaje por el Pacífico y atesoró una



Modelo de la corbeta *Descubierta*. (Museo Naval de Madrid.)

magnífica información científica que no fue menos importante que los informes políticos y diplomáticos. El objetivo secreto era *afirmar los derechos de España sobre mares e islas que le pertenecen en virtud de las bulas papales y de los tratados de Tordesillas y de San Ildefonso* (Solano, F., 1984: XXXIX).

Malaspina y Bustamante consultaron para la organización de su viaje a instituciones, sabios y personalidades de toda Europa, entre otros a las Academias de Ciencias de Londres, París, Turín, Módena y Ferrara..., estableciendo durante el viaje correspondencia científica con los observatorios astronómicos de Brera, Milán, París y Greenwich (Higuera Rodríguez, María Dolores, 1987: 29).

Dentro del tratamiento científico, se hicieron estudios etnográficos, botánicos, zoológicos, mineralógicos, paisajísticos y etnológicos.

Toda esta copiosa documentación, en forma de diarios, noticias recopiladas, dibujos artísticos, etc., que describen con toda precisión los estudios naturalistas y las investigaciones botánicas y medioambientalistas en general, entre otras cosas, se encuentra recopilada en el Museo Naval de Madrid.

En 1791-1792 se produce un viaje de grandes repercusiones en el terreno ecológico. Los naturalistas *Mociño*, *Maldonado*, y el dibujante Echevarría, incorporados a una nueva expedición de Bodega y Cuadra, tuvieron como objetivo primordial el estudio de la Historia Natural de los parajes visitados (Bernabéu, S., 1987: 184). Fruto de su trabajo es, según expresa el mismo Bodega, el *Catálogo de los animales y plantas que han reconocido y determinado según el sistema de Linneo los Facultativos de mi expedición D. José Mociño y D. José Maldonado* (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores).

En 1792 el Virrey Revillagigedo envía una nueva expedición al mando del teniente de navío Jacinto Caamaño, quien al mando de la fragata *Aránzazu* salió de San Blas en mayo de 1792 y exploró la zona norte del Pacífico, alcanzando las islas Príncipe de Gales y Reina Carlota, así como las islas de Revillagigedo y Aristizábal, que aún hoy día conservan estos nombres. En esta expedición se realizaron estudios cartográficos y de localización geográfica de gran precisión.

Alcalá Galiano y *Cayetano Valdés* también estuvieron en Nutka en 1792. Son valiosos sus estudios geográficos, así como los informes que trajeron sobre los modos de vida y costumbres de los habitantes de la zona. Confirmaron en sus informes la no existencia de un paso entre el Pacífico y el Atlántico, como ya hicieron en su día James Cook y La Perouse.

La última etapa de estos viajes exploratorios se cubre con la expedición de *Seijas* (1793) que reconoció la zona del cabo de San Roque en Columbia y descendió por toda la costa hasta San Blas, y el teniente de fragata *Juan Bautista Matute*, quien en el mismo año llegó al puerto de Bodega.

Llegada de los rusos.

Los viajes y expediciones que los rusos llevaban a cabo desde tiempos inmemoriales al oriente de Kamchatka se pierden en el olvido, en parte por

que los mismos rusos las silenciaban y en parte porque muchas de ellas eran expediciones comerciales fortuitas de los cosacos, quienes cada vez avanzaban más al oriente de Kamchatka estimulados por el inmenso potencial peletero que se les ofrecía en un momento en que el mercado chino demandaba de los comerciantes rusos cada vez más pieles preciosas.

Conquistada Siberia por el zar Juan Basivolitch II y descubiertas las islas del océano Pacífico, se enviaron emisarios para que reconocieran los confines del imperio. Cuando regresó esta expedición ya había accedido al trono de su padre el zar Ivanovich, quien continuó las expediciones de reconocimiento y comercio, aunque el período fructífero de los contactos y expediciones de los rusos se centra durante las etapas de Pedro el Grande y la zarina Catalina, verdadera impulsora de la grandeza de una Rusia que extendía su poder por las costas N. O. de América, en parte impulsada por su historia de comercio peletero y en parte llevada por el espíritu que cuajó durante el siglo XVIII en las grandes naciones de potenciación de los descubrimientos científicos y geográficos.

Se pueden distinguir tres etapas en este período de la historia de los rusos en América:

- La primera, de 1700 a 1725 (etapa de comerciantes, cazadores y de reconocimiento).
- La segunda, de 1725 a 1771 (etapa estatal de las grandes expediciones y descubrimientos: Vitus Bering, de 1725 a 1730; Gvozdev, 1732; Vitus Bering y Chirikov, de 1733 a 1749; Juan Synd, de 1764 a 1768; Krenisten y Levashev, de 1765 a 1769, etc.)
- La tercera, de 1765 a 1799 (etapa de las grandes compañías).

Al igual que en la parte dedicada a los españoles, y debido a la enorme importancia de la presencia de los rusos en esta zona (siendo los rusos los principales implicados en la modificación del medio ambiente en el área), es necesaria una breve mención de las etapas descritas.

Etapas de comerciantes, cazadores y de reconocimiento (1700-1725).

Existen numerosos documentos, entre ellos diarios de a bordo de algunos capitanes, que expresan con gran cuidado el estado ecológico de las zonas que iban hoyando los cazadores y comerciantes rusos. En esos documentos se nos describen incluso cifras de personas que componían una tribu a la llegada de los rusos, o de especies animales, y la considerable mengua que supuso en poco tiempo, debido a los excesos de los europeos en general y de los rusos en particular por ser los que más contacto tuvieron con esta zona.

Los *promyshleniki* o comerciantes-cazadores rusos se expandieron allende Kamchatka y fundaron el puerto de Ojotsk. El trato que establecieron con los diferentes pueblos que iban encontrando a través de las islas Aleutianas primero y en el N. O. de América después estaba siempre basado en el

sistema de impuestos. Sometían a las tribus y las obligaban a pagar un tributo en forma de pieles —el *yasak*— y a pagar un 10 por 100 del producto del resto de las pieles recolectadas. Los cazadores rusos se organizaban en partidas a cuyo frente había un jefe o *peredovchik*. La política de regalos, que tan practicada era por todos los indios de la zona, fue rápidamente captada por los rusos, quienes, una vez obtenido el favor del jefe de la tribu y para asegurarse su adhesión, capturaban rehenes. En parte debido a los regalos y en parte debido al terror, los nativos colaboraban con los rusos en las devastadoras cacerías que superaban con mucho las expectativas de caza de los nativos, acostumbrados a matar sólo las piezas necesarias para su manutención (Ortega Soto, 1989: 239). La repartición de las pieles se hacía dividiendo las piezas en tantas partes como miembros hubiera en la tripulación, más cinco o seis partes más. Tres partes correspondían al capitán, dos al *peredovchik* y una o dos a la iglesia. Los indios recibían a cambio un indicativo de que habían pagado su *yasak*, cuentas de vidrio, tabaco y fruslerías.

En esta etapa los indios comenzaron a sufrir la violencia de unos hombres que siempre les exigían más esfuerzos y el despojo de su medio natural. La resistencia fue débil e inútil. Pronto llegarían más cazadores y mejor organizados, y más tarde las compañías rusas.

Etapa estatal de las grandes expediciones y descubrimientos (1725-1771).

La primera expedición de Vitus Bering tuvo lugar desde 1725 a 1730, teniendo como segundos a Martin Spanberg (danés) y a Alexei Chirikov (ruso). Bering salió de San Petersburgo en febrero de 1725 hacia el puerto de San Pedro y San Pablo, en Kamchatka, de donde salió la expedición en julio de 1728. Entre las intrucciones dadas por Pedro el Grande estaba la de averiguar si América y Asia estaban unidas, así como la exploración de la zona y detección de posibles barcos europeos, y la confección de un diario de a bordo donde constasen todos los acontecimientos, observaciones y descubrimientos.

El viaje fue un éxito, ya que, aunque no llegó a cruzar el estrecho, se confeccionaron documentos cartográficos de gran interés.

Michael Spiridonovich Gvozdev, en 1732 partió en otra expedición hacia el norte e hizo una descripción muy detallada en su diario. Parece ser que la tripulación llegó a ver las costas de América, pero no llegó a tener la certeza creyendo más bien que era una gran isla.

La segunda expedición de Bering (Bering y Chirikov) comienza en 1733 y termina oficialmente en 1749, aunque, después de 1742 pocos avances se hicieron en cuanto a exploraciones y descubrimientos (Pérez Miguel, 1988: 128). Con Bering iban los capitanes Spanberg y Chirikov. Al llegar a Ojotsk se dividieron: Spanberg parte de Ojotsk en junio de 1738 hacia Japón. Bering y Chirikov partieron juntos de Ojotsk el 4 de septiembre de 1740 hasta el puerto de Avatscha. A partir de ahí cada uno debería gobernar su propio bar-



Estuche náutico de Felipe Bauzá. (Museo Naval de Madrid.)

co, aunque siguiendo la misma ruta, según órdenes recibidas, con objeto de encontrar las tierras de D. Juan de Gama. Juntos navegaron hacia el sudeste hasta la altura de 46° , pero al no hallar señales de la tierra de Gama cambiaron de rumbo. Los dos barcos se separaron llegando ambos a la costa de América sin tener noticias uno del otro.

El barco de Bering ancló en tierra americana a los 239° de longitud y a unos 57° y medio de latitud. Allí estuvieron tres días haciéndose con provisiones y sin tener indicios de habitantes. Continuando el viaje, las dificultades de navegación se hicieron cada vez mayores y el 5 de noviembre el barco se destrozó contra las rocas de una isla desierta a 56° de latitud. En esta isla, a la que se llamó isla de Bering, murió el navegante el 8 de diciembre.

El barco de Chirikov, tras separarse del de Bering, llegó el 15 de junio a una costa muy escarpada a unos 56° de latitud y 241° de longitud al norte de California. Envió algunos hombres a reconocer el terreno y no volvió a saber de ellos. Chirikov regresó a Avatscha el 23 de octubre de 1741.

El viaje de ambos navegantes fue un completo éxito, si bien el de Chirikov se considerará más preciso, ya que el regreso lo hizo por una ruta más corta que la del comandante (Vila, 1966: 26). En este viaje, además de los estudios exploratorios, es de destacar el éxito peletero y los estudios naturalistas que se hicieron, ya que en la expedición iban prestigiosos hombres de ciencia. En el barco de Bering, el naturalista Steller bajó a tierra firme en sucesivas oca-

siones y estudió algunas especies de pájaros desconocidos en Siberia, entre ellos el pájaro descrito por Caterby con el nombre de «Blue Jay», y que nunca se ha encontrado más que en Norteamérica (Steller, 1764: VII). También el profesor de Historia Natural en San Petersburgo, Pallas, hizo un estudio completo de las plantas y especies alpinas, que dijo eran similares a las existentes en Siberia.

Después del segundo viaje de Bering, otros navegantes rusos surcaron las aguas camino de América con el patrocinio estatal. El Conde Lacy, en un informe enviado a las autoridades españolas, recoge todo este movimiento de los rusos hacia tierras americanas informando sobre el creciente interés de los zares por las posiciones geoestratégicas y por los valores comerciales.

En los informes de los rusos Krenistin y Levashev se afirma que a los 235° de longitud hay una isla a la que llaman Tchutchis, cuyos habitantes visten y hablan igual que los americanos, observación que ya había hecho el profesor Steller, que acompañó a Bering en su segundo viaje.

Las descripciones de estos navegantes rusos son un compendio del estado en que se encontraban los pueblos a los que llegaban y los animales y plantas, muchos de ellos desconocidos en su país. En el diario de Levashev se dice que en Unalaska había dieciséis tribus y parece ser que en tiempos anteriores estas islas habían estado mucho más pobladas, pero que sufrieron muchas bajas a causa del contacto con los rusos, además de epidemias y el sufrimiento de tener que cambiar su estilo de vida al tener que cazar para los rusos por obligación.

Etapa de las grandes compañías (1765-1799).

La enorme difusión del viaje de Bering y Chirikov, y sobre todo la inmensa riqueza peletera, excitó el interés de comerciantes y traficantes de pieles que fueron constituyendo sociedades y grandes compañías. Estas compañías se formaban ya con capitales particulares y fueron aumentando de tal manera que a finales del siglo XVIII había ya 42 compañías navieras que habían enviado a América 85 expediciones. Lo próspero del negocio hizo que se multiplicasen medios y personas, y, para producir más deprisa, se constituyó un depósito peletero en la isla de Bering, punto estratégico para los comerciantes, quienes, al defender intereses particulares, ya no tienen tanto interés en el valor geoestratégico de la zona o en los descubrimientos científicos. Ahora interesa más la captación rápida de las pieles y el descubrimiento de un nuevo filón económico: los minerales.

La devastación ecológica fue tremenda. Baste decir que, según el comandante de Kamchatka, Plenisher, desde 1710 a 1746 se había recibido sólo de los tchutchis pieles por un valor de 29.152 rublos. En el diario de Dimitri Bragin (1772) se describen las especies de la isla de Bering. Afirma que había enorme cantidad de focas árticas y que los habitantes vivían principalmente de los salmones, cuyas especies más frecuentes eran *krasna ryva*, *byela ryva*, *kysuche* y *glolets*. En este mismo diario se describe cómo los rusos llegaron a

la isla de Atkhu (Atka), donde el animal más común era la foca. Los isleños pagaban su tributo a los rusos. En estas islas de la zona recogieron en este viaje (según el antedicho diario) 29 nutrias grandes, 50 nutrias medianas y 15 jóvenes; las pieles de tres zorros negros, 16 zorros grises, 23 negro y blanco, 17 grisáceos y seis rojos. Aparte de esta pequeña muestra, en unos días la compañía había obtenido otras pieles por diversos procedimientos.

En 1775 Soloviev regresó al puerto de Ojotsk cargado de pieles. Una parte se quedó para el Tesoro Nacional. La compañía recibió 1.833 focas de gran calidad, 40 zorros y 10 focas árticas, además de 1.204 zorros rojos.

El viaje que hizo el piloto ruso Zaikov a América (1772) por cuenta de un comerciante de Tula fue comunicado a la Academia Imperial de Ciencias de Rusia por Klischka, gobernador de Irkutsk. En este viaje se da cuenta de las riquezas peleteras que trajo a su regreso y que fueron, aparte de su tributo al Estado: 2.676 focas de tamaño grande, 1.159 focas jóvenes, 2.874 pieles de nutria, 583 morsas, 549 zorros negros, 1.099 *black bellied* y 1.024 zorros rojos. Además de estas piezas importantes contabilizadas tenían también lobos, leones marinos, osos marinos, glotones, zorros de un color azulado, del ártico, etc. (Fray Iñigo Abad, 1783: XI).

Tras algunas escaramuzas de comerciantes particulares, en 1787 Shelijov fue el primer ruso que creó un establecimiento fijo en América solicitando de la emperatriz ciertos privilegios para su compañía que le permitieran comerciar con China, Japón, Corea, India y Filipinas.

Sin embargo, los rusos no estaban solos en América. La presencia de ingleses y angloamericanos amenazaba con estorbar el monopolio de los rusos, que cada vez presionaban más a los indios de la zona, quienes se veían muy solicitados por las diferentes compañías peleteras.



Playa y establecimiento de Nutka. Tinta y aguada en colores, realizada durante la Expedición de Alejandro Malaspina. (Museo Naval de Madrid. Sección de Manuscritos.)

La devastación ecológica y el trastoque de valores fue demasiado fuerte. Los tlingit se sublevaron, ya que veían cómo sus reservas de animales iban desapareciendo amenazando con aniquilar su propia existencia. Tan frecuentes se hicieron las sublevaciones que la zarina se vio obligada a dirigir sendos decretos en los que se protegía a sus súbditos americanos no sólo contra los abusos de los comerciantes rusos, sino contra los de aquellos otros extranjeros que pretendiesen maltratarlos. Sin embargo, la penetración de otros europeos en la zona se hizo inevitable y los rusos tuvieron que aunar esfuerzos para no perder poder.

En 1799 el zar Pablo I aprobó el monopolio de la compañía ruso-americana bajo la protección de la Corona. Debía controlar todas las actividades económicas en las colonias rusas. Toda la población nativa quedaba bajo su cargo.

La presencia rusa en la costa noroeste se fundamentó básicamente en lograr la obtención y comercialización de la mayor cantidad posible de pieles, para lo cual era fundamental una buena relación con los indígenas de la zona, a los que sometieron y utilizaron para su propio beneficio. Fueron, por tanto, los principales responsables, aunque ignorantes de ello, de una perturbación ecológica cuyas consecuencias se extendieron mucho más allá del siglo XVIII y que dieron lugar a protestas de los habitantes del área, que vieron cómo se transformaba su hábitat sin posibilidades de poder hacer nada por detener el avance de la depredación de fauna y flora, además de la perturbación de los indígenas, principales víctimas de un sistema que les sobrepasó sus expectativas de comercio con los visitantes.

Ingleses, franceses y norteamericanos.

Los *ingleses* llegaron al Pacífico N. O. atraídos por la actividad comercial que se vislumbraba en estas latitudes y sabedores de que en esta parte de América sus enemigos, los españoles, no habían consolidado su poderío.

James Cook salió de Inglaterra en 1776 con las fragatas *La Resolución* y *El Descubrimiento* con instrucciones de realizar observaciones geográficas, astronómicas, de vigilancia sobre los puestos establecidos por otros europeos, toma de posesión de todas aquellas islas en las que no se hubiesen asentado otras naciones, y conseguir la riqueza peletera de la que tanto se había hablado. Entre el equipo científico con que contaba su expedición había, entre otros, prestigiosos naturalistas y astrónomos. Cook utilizó con gran sabiduría los más modernos utensilios recién descubiertos para el aprovechamiento cartográfico e hidrográfico, siendo uno de los primeros artífices de la aplicación de las modernas técnicas, sobre todo del teodolito, recientemente construido por Jesse Ramsdem en 1763, utilizando limbos de bronce de gran precisión.

Llegado al estrecho de Anian vio piraguas de indígenas americanos que no quisieron subir a bordo. Cook envió a reconocer esta tierra que los rusos llamaban Alaska para ver si estaba unida al Continente y constató que no había paso (Cook, 1983: VI). Los contactos con nativos y con establecimien-

tos rusos fueron frecuentes, dando lugar a intercambios de conocimientos y confrontación de cartas náuticas y otras informaciones. Obtuvieron grandes beneficios en forma de pieles de animales que, aunque no eran su objetivo primordial, estaban contemplados específicamente dentro de las instrucciones recibidas. El 26 de octubre de 1778 invernarón en las islas Sandwich y, aunque en un principio los nativos de Owhijee acogieron amigablemente a los ingleses, pronto empezaron las dificultades y finalmente James Cook encontró su muerte



Medalla con la efigie de Juan Francisco de la Bodega y Quadra, por Juan Avalos.

el 14 de febrero de 1779. Tomó el mando el capitán Clark, quien se dirigió a la península de Kamchatka, donde encontró protección por orden de la emperatriz rusa. A principios de septiembre de 1780 llegó la expedición a Londres a través de la ruta de Macao y del cabo de Buena Esperanza. La expedición había sido un éxito y, curiosamente, en un principio no fue tanta la repercusión en el plano táctico o científico como el impacto que causaron las pieles preciosas que traían de las costas N. O. de América, dando lugar inmediatamente a especulaciones por parte de altos dignatarios del Gobierno sobre un posible comercio directo con la China.

Después del impacto de esta expedición de Cook los comerciantes ingleses se movilizaron hacia las costas N. O. Los capitanes Laurie y Guise, al mando de los buques *Capitán Cook* y *Experimento* partieron de Bombay y recalaron en Nutka en julio de 1786. Ambos buques exploraron la zona de la isla de la Reina Carlota y el norte de la isla de Vancouver. El capitán Barkley también estuvo en Nutka, habiendo sido el primer marino que entró en el estrecho de Juan de Fuca (Sota, José de la, 1988: 144).

A *John Meares* le corresponden los mayores éxitos comerciales ingleses. En 1785 estuvo en las costas del N. O. con el bergantín *Terrible*. Al año siguiente realizó una nueva expedición y a la vista de lo fructífero de sus viajes se fue asociando con agentes de Macao y Londres, surgiendo nuevos viajes con mayor cantidad de barcos y mejor organización, hasta el punto de poner sus buques bajo bandera portuguesa para eludir el monopolio de las compañías del Mar del Sur y la de las Islas orientales. Estableció un almacén en Nut-

ka, construyó una fragata de 40 toneladas y consiguió enormes cargamentos de pieles que vendió en Asia y en Europa. *George Dixon* (1755-1800) partió con el objetivo único de fundar un establecimiento para la Compañía Inglesa de Comercio. Se observa cómo el espíritu comercial se va imponiendo poco a poco sobre otros principios hasta el punto de que el mismo Dixon proclamó, en defensa de sus intereses, el enorme beneficio que para la Humanidad se deriva del comercio peletero.

A *George Vancouver*, antiguo oficial de Cook, corresponde el honor de cerrar las expediciones inglesas de esta época en las costas del N. O. Salió de Inglaterra en marzo de 1791 y sus objetivos eran más bien de tipo político-estratégico y científico que comercial. Debería informar de los avances de las otras potencias en la zona y vigilar las actividades de españoles y rusos. Llegó a las costas del N. O. en abril de 1792. En Nutka coincidió con los marinos españoles Alcalá Galiano y Cayetano Valdés, con quienes trabajó estrechamente en el reconocimiento de la zona. Las goletas españolas *Sutil* y *Mexicana* poseían los instrumentos más avanzados entonces para la astronomía y la física: un cuarto de círculo, un péndulo, dos anteojos acromáticos, una máquina ecuatorial, un cronómetro, un círculo de reflexión, cuatro termómetros, un audímetro, etc. Colaboraron españoles e ingleses y se intercambiaron todo tipo de informaciones y mapas. Juntos reconocieron la entrada de Fuca y levantaron un plano del puerto y una serie de cartas de la zona de gran exactitud. En Nutka, Vancouver debatió ampliamente con el comandante español Bodega y Cuadra, estableciendo unas negociaciones para poner en práctica el convenio que ambas naciones habían suscrito para delimitar las posesiones respectivas en la zona. Al no producirse un acuerdo satisfactorio para ambas partes llegaron a la solución de establecer una especie de condominio sobre el puerto. En la historia de las relaciones diplomáticas entre España e Inglaterra en estas latitudes es de destacar que las relaciones mantenidas entre Vancouver y Bodega fueron muy amistosas y positivas. Vancouver realizó nuevas expediciones a la zona en 1793 y 1794, y, como en todas las realizadas anteriormente, hizo un estudio muy preciso de la zona, convivió con indígenas, así como con otros europeos y relató fielmente todos sus progresos al servicio de Inglaterra en distintos aspectos, que van desde las relaciones diplomáticas o los estudios geográficos hasta las noticias sobre los habitantes, fauna, flora y paisaje, que permiten hoy día un estudio comparativo de la zona.

En cuanto a la *penetración francesa* en las costas del N. O. su presencia no fue tan decisiva como la de otros europeos, pero, habiendo capitulado Francia ante el poderío naval británico, los marinos franceses se lanzaron también a la búsqueda de grandes empresas, atrayendo también su atención el repentino protagonismo que estaban teniendo las costas N. O. de América.

La Perouse supuso para Francia lo que James Cook para Inglaterra, con la diferencia propia de medios y protagonismo internacional que en esos momentos se decantaba del lado inglés. En 1741 comenzó una expedición cuyos objetivos eran de grandes dimensiones, predominando dos aspectos: el



Baile en la playa, por Tomás Suria. (Museo Naval de Madrid. Sección de Manuscritos.)

de profundización en los descubrimientos científicos (para lo cual enroló entre su tripulación a un grupo de prestigiosos hombres de ciencia, entre los que se encontraba Mouge, La Martinière, Bernicet, etc.) y el de dedicación al comercio peletero (cuyo éxito había llegado a Francia a través de ediciones, cartas y comentarios de otros marinos que ya habían estado en el N. O. americano). Los barcos llegaron a Kamchatka y, aunque tenían órdenes de establecer una base de actividad comercial, por dificultades surgidas con indígenas y otros europeos no se llegó a consolidar, por lo que siguieron su ruta hacia el sur. De regreso tocaron Australia y en su camino de vuelta a Francia falleció La Perouse en circunstancias muy parecidas a las del marino inglés Cook. En esta expedición, aunque no se logró el establecimiento de un comercio peletero estable, se recogió sobrada información de tipo naturalista y se profundizó en los estudios geográficos de la zona.

Después de La Perouse llegaron otros marinos franceses al N. O., entre los que cabe citar a *Etiénne Marchand* (1790-1792), quien exploró la isla de la Reina Carlota y cuyos volúmenes II y III del Diario de su expedición (publicado por el Ministro de Marina francés, Fleurieu) están enteramente dedicados a la historia natural. Si bien el viaje de Marchand no fue tan interesante como otros desde el punto de vista cartográfico y geográfico (habiendo algunos errores considerables de cálculo y precisión), sin embargo es especialmente interesante desde el punto de vista ecológico, ya que recoge con extrema precisión muestras y estudios de animales, vegetales y descripciones paisajísticas, haciendo una división y agrupando las especies según las zonas que iba visitando.

En cuanto a la presencia de *Estados Unidos* en las costas N. O. es necesario resaltar la presencia de los hombres de Boston. A Estados Unidos le interesaba dejar una constancia, aunque fuera simbólica, de su interés por la zona cuando las grandes naciones europeas se disputaban el protagonismo en un continente que no era el suyo. En 1787 salían del puerto de Boston dos navíos norteamericanos. El *Washington*, al mando de Robert Gray, y el *Columbia*, al mando del capitán Kendrick. Aparte de la estrategia política, el otro objetivo era puramente comercial, aunque no de gran envergadura. Los barcos invernaron en Nutka en 1788, siendo testigos de excepción del incidente habido entre españoles e ingleses que dio lugar a un enfrentamiento que a punto estuvo de provocar un conflicto bélico, pero que finalmente se arregló por vía diplomática. Los barcos norteamericanos recorrieron la zona, centrándose especialmente en el estrecho de Fuca y la entrada al río Columbia. El éxito comercial fue relativo y, en definitiva, la expedición cumplió con su objetivo principal de estar en la zona y dar fe de su presencia, además de recoger valiosa información en este viaje.

Existió un denominador común a todas las naciones europeas que coincidieron en las costas N. O. de América en el siglo XVIII: el espíritu científico del Siglo de las Luces. Este es el nexo de unión. Tanto los españoles como los rusos, ingleses y franceses buscaron el incrementar el conocimiento de la ciencia naval, cartográfica, astrológica, etc., se preocuparon, dentro del inmenso campo de la investigación, del estudio ecológico de la zona, aprovechando el caudal de investigadores, naturalistas e instrumentos adecuados de que disponían en sus expediciones.

Pero, aparte de este importante e innegable punto de coincidencia, que vino dado por las circunstancias y por la coyuntura histórica, existen enormes divergencias que vienen dadas por la diferente perspectiva con que los gobiernos y los hombres de cada nación abordaron estas expediciones.

Ciñéndonos a las consideraciones histórico-medioambientales, los españoles no tenían como objetivo primordial la caza de especies animales ni la comercialización de sus pieles, y por tanto no hay implicación directa en la destrucción del hábitat de aquella zona. Las eventuales cazas y estudios naturalistas fueron consecuencia y no meta. Su objetivo principal era de tipo diplomático de observación, de descubrimientos geográficos y trazados cartográficos, etc. En el camino de todo esto se encontraron con un inmenso potencial en fauna y flora que aprovecharon más con afán de análisis naturalista y estudios de investigación que como finalidad comercial rentable.

Los rusos sí tenían como objetivo principal la caza y comercio de las pieles. Esa era su meta y a ella se aplicaron desde todos los medios con que la nación contaba: particulares, estatales y con compañías organizadas. Desde las islas hasta las costas americanas los nativos, la fauna y la flora sufrieron una considerable modificación que supuso pérdidas inestimables en el terreno de la conservación del hábitat. También contaban los rusos con hombres de ciencia que aprovecharon el inmenso caudal que ofrecían las costas del N. O. para aportar a sus laboratorios material suficiente para avanzar en

el estudio naturalista, si bien no era éste el objetivo prioritario en sus expediciones.

Los *ingleses* y *franceses* también acudieron bajo el reclamo de las actividades peleteras. Aunque al igual que en las restantes naciones europeas el espíritu de la Ilustración hizo que se llevasen a estudio las especies más apreciadas, los objetivos principales estaban en la caza y captura de los animales cuyas pieles eran objeto de codicia por parte de ciertas clases sociales de Europa y Asia.

En cuanto a los *norteamericanos*, aunque el comercio peletero les era igual de atractivo que a sus otros colegas de Europa, tenían otra prioridad: *sentimiento de afirmación nacional*. Este era su principal objetivo. Recién alcanzada su independencia, les interesaba más demostrar a los europeos que ésa era su tierra que el alcanzar una riqueza coyuntural basada en el comercio de pieles.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, Fray Iñigo: *Descripción de las costas de California*. Madrid, 1783.
Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Bernabéu, S.: «La Real Expedición Botánica en el Noroeste de América: Los viajes de California y Nutka». *La Real Expedición Botánica a Nueva España (1787-1803)*. Madrid, 1987.
- Cook, J.: *Captain's Cooks Journal during his first voyage round the world made in His Majesty Bark Endeavour (1768-71)*. London, 1893.
- Higueras Rodríguez, M.^a Dolores: «Marina y Ciencia en el siglo XVIII». *La Real Expedición Botánica a Nueva España (1787-1803)*. Madrid, 1987.
- Ortega Soto, M.: «Los indios del Noroeste americano en las colonias rusas». *Culturas de la Costa Noroeste de América*. Madrid, 1987.
- Palau, M.: «Expediciones científicas españolas en el siglo XVIII». *Astronomía y Cartografía en los siglos XVIII y XIX*. Madrid, 1987.
- Pérez Miguel, A.: «La presencia rusa en las costas noroeste: expediciones científicas e intereses comerciales». *El ojo del Totem*. Madrid, 1988.
- Solano, F.: «Expediciones científicas a América durante el siglo XVIII». *Viaje a América de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida»*. Madrid, 1984.
- Sota, José de la: «Presencia francesa, inglesa y norteamericana». *El ojo del Totem*. Madrid, 1988.
- Steller: *Bering's voyages. An account of the efforts of the russians to determine the relation of Asia and America*. London, 1964.